

Notas sobre el entrañamiento y extrañamiento unamunianos

Tres ensayos —*Adentro* (1900), *Soledad* (1905) y *Ensimismate* (1915)— son los más grandes exponentes de la ideología unamuniana. En ellos nos expone Unamuno su teoría del *entrañamiento* y *extrañamiento* (términos que pudo haber acuñado don Miguel) y que son la base de su ontología. Está expresado en ellos un programa encaminado a lograr la soledad, la intimidad: expresión misma de la exigencia esencial del ser concreto y consciente de serse y serlo todo —contradicción trágica.

El ser es, para Unamuno, un proceso abierto hacia la eternidad y el infinito. Es una autocreación constante, constante fluir. Este ser llega a su plenitud en la soledad, porque el conflicto de lo externo y lo interno es un único y solo movimiento: la distinción es de razón, no de hecho. Este hombre se le presenta a Unamuno en una triple fenomenología —óptica, poética y teatral—. El yo auténtico está dentro, y dentro también está Dios. Es un aforamiento (término acuñado por Unamuno), o posibilidad de sacar de adentro hacia afuera. Este hombre no se hace solo en relación con el otro en el mundo material, sino también dentro de sí mismo, en su realidad íntima, en el escenario de su conciencia.

Este ser está condenado a un perpetuo hacerse, por ello, el ser no es de fácil captación en la ontología unamuniana. El ser concreto es algo que no es —hay multiplicidad, pluralidad y movimiento—. Fundamentalmente este ser se puede dividir en tres:

- yo incógnito o contemplador,
- yo representado o contemplado,
- yo externo o hipócrita, respuesta del mundo.

El yo representado existe por la razón y es el hombre que busca permanentemente su razón de ser; es el escritor, el político, el padre de familia, el inconforme, el rebelde, el individualista. En otras palabras, el yo que se angustia. El yo ideal, volitivo o incógnito, es el real en la ontología unamuniana, puesto que es el que se está haciendo: es su obra, su existencia.

El que se es en Dios, el que existe por la fe, el intra-hombre que busca con afanoso empeño en su afán por destruir lo aparential, en su deseo por destruir al personaje para encontrar la persona. El yo externo o hipócrita es el que recibe Unamuno como respuesta a todas sus obras: es la respuesta del mundo.

Unamuno desarrolla en sus personajes cada una de estas posibilidades, por eso su obra está llena de "otros"; muchos tipos de "yos" nacidos de sus relaciones con el prójimo, consigo mismo y con Dios. Y las múltiples interrelaciones que esto comporta. Por esto, envolviendo su esteticismo, está el deseo de explicarse antropológicamente. Quiere explicarse a sí mismo. En esta búsqueda encuentra todas sus posibilidades y las de los demás, esos "otros" que son personajes de su conciencia, a quienes representa ante sí mismo para poder aprehenderlos, en la búsqueda angustiosa de su propio ser.

Deshacer, pues, este nudo dialéctico es tarea ardua, ya que cada una de estas posibilidades lucha por lo íntimo y lo externo de la persona. El problema de la hipocresía, de que representaba un papel, es una constante unamuniana. Su deseo fué descubrir lo auténtico y destruir lo aparential. El temor de que el Unamuno de la leyenda, el de la "novela", ahogara al íntimo y verdadero, le preocupó siempre, sobre todo desde 1900. La crisis de 1897 le obligó a cobrar conciencia de que el hombre interior era esclavo de los demás. Ese era el yo que había corrido tras la gloria eterna, y amenazaba al interno, al íntimo. Aparecen entonces, como exponentes de la crisis la obra de teatro *La esfinge* (1898), el ensayo *Nicodemo el fariseo* y los cuentos *El abejorro* y *Una visita al viejo poeta*. Los cuatro textos, como hemos señalado en otra ocasión, son confesiones de la crisis, erróneamente interpretada por Sánchez Barbudo, quien la interpreta unilateralmente desde el punto de vista de egocentrismo y enfermedad intelectualista¹.

Luego de la crisis, Unamuno se irá afianzando en su nueva ontología. Por eso he logrado trazar una evolución en la total producción unamuniana. He fijado en 1898 la primera época, que incluye los ensayos *En torno al casticismo* y la novela *Paz en la guerra*. La segunda época va de 1899 a 1906, con sus *Tres ensayos*. Aquí, sobre todo en el ensayo *Adentro*, es donde esclarece Unamuno lo que ha denominado su tercera fe, puente entre la ortodoxia católica y la franca pérdida de la fe debido a sus lecturas. Ya en *Nicodemo* había dicho:

Y ¡qué noches, qué noches de angustia las del pobre Nicodemo cuando piensa en las cadenas que tiene que romper, en la desnudez que ha de quedarse, cuando cree que va a destruir obra de años, a deshacer la labor de sus días! Es un sacrificio superior a sus fuerzas.

(OC., tomo III, pág. 129).

Será en *Adentro* donde logre una posición más clara, aquí plasma con mayor claridad la lucha por la búsqueda del hombre interior. Abogará por

¹ Ver *Unamuno y su teatro de conciencia*, Acta Salmanticensis, 1963, donde analizo la crítica de Sánchez Barbudo.

el individualismo “con la recomendación de tener las ideas dentro”. El grito que debe dar el hombre es adentro, porque todo está dentro, en la mismidad del ser, es ahí, en ese núcleo donde el hombre se crea a sí mismo, donde se proyecta. Dentro está la conciencia, que es el proyector del mundo interno —aquí está el yo auténtico, y Dios. Desde aquí dentro sobrevive. Adentro está la tragedia, nacida en 1897 al oponer razón y fe, o razón y esperanza. La tragedia misma es el lugar de la lucha que sostendrá siempre, y le permite vivir porque lo obligará a hacerse constantemente.

En *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), culminación de la segunda etapa, irrumpe de vez en cuando a escena para confesarse y culpase de hipocresía, y clamar por la locura quijotesca, único medio de salvarse como individuo y como español.

Tienen razón: fué un número de feria; tienen razón, me estoy convirtiendo en un cómico, en un histrión, en un profesional de la palabra.

Este mismo año escribirá uno de sus más hermosos ensayos, *Soledad*, donde están expuestas sus ideas con gran claridad. No hay duda posible, todo está dentro. Y así lo explica:

Cada día ahonda y se enraiza en mí más la convicción de que al hombre universal y eterno hay que ir a sacarlo del seno del hombre local y pasajero, que cuanto más de su temporada y más de su pago se es, es más de los tiempos y de los países todos; que no por vía de remoción y exclusión de diferencias sino por inclusión y fusión de ellas es como se llegará al hombre común. A la hermandad celeste que nos una y abarque a todos, hemos de llegar a través de los abismos terrenales de nuestro ser.

¿Dónde se encuentra este hombre? En soledad: “Sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad”. La soledad une, mientras que la sociedad separa. En la soledad se encuentra al “otro”, y a Dios, porque el hombre tiene que romper la costra, el dermatoesqueleto que lo envuelve: “...las costras se rompen desde afuera y desde adentro a la vez. Vas a libertar a tu hermano, porque sientes que hace él a su vez esfuerzos por libertarse o porque te llegan sus quejas...”, y continúa: “Y es lo más consolador que mientras golpeas en su costra, como haces con la tuya, tanto trabajas por romper la de él como por romper la tuya propia, y él a su vez, mientras golpea en la suya, da golpes en la tuya, y así toda la redención es mutua”.

Este motivo tendrá pocas variantes. En 1916, un año después de *Ensimismate*, dice:

Vamos por tus sendas solitarios y señeros. Tú nos juntas, apuñándonos en tu mano, como junta un niño, apuñándolas, un puñado de avellanas. Pero yo me siento dentro de mi cáscara, solo, y siento la soledad de aquellos que con sus cáscaras se

aprietan a la mía. Y oigo el lenguaje de la soledad, que es el tuyo, Señor. Y sé que en la soledad nos aúnas como aunaste tu pueblo en el desierto.

(OC., tomo IX, pág. 867).

En la soledad, y mediante la soledad se encuentra el ser. En la soledad el hombre es "esotro", y aquel otro, y el de más allá. Deja de ser uno sólo para convertirse en legión, y legión es el hombre que está "fuertemente unido consigo mismo, que lleva la ley en sí"². Para Unamuno la soledad tendrá también su sentido etimológico: monasterio³. Este solitario, este hombre-legión, no distingue entre problema interior y problema exterior, "afirmarte dentro de ti es afirmarte frente a los otros y para ellos y en su servicio"⁴.

Esa es la consigna: en la soledad nos "enmismamos"; en la soledad ocurrirá el proceso de "entrañamiento" y de ahí el "extrañamiento" o enajenamiento. Ya lo dijo en 1900: "Bueno es recogerse, pero después de haberse derramado y para derramarse. No sé qué es peor, si el enajenamiento o el ensimismamiento; con ser opuestos, conducen a lo mismo". (OC., tomo IX, pág. 654).

Esta segunda fase, que ha culminado con *Vida de don Quijote y Sancho* y con *Soledad*, hace surgir la tercera —de 1906-1912, época de madurez, donde va tomando forma la nueva ontología. Culmina con *Del sentimiento*, libro del verdadero *agonos* unamuniano. La razón que obliga a levantar un mundo espiritual fundado en el sentimiento, la fantasía y la fe. Es un sentimiento de tragedia, de conflicto trágico, personal. ¿Qué demuestra este libro? Que todo es tragedia mientras dura, que la vida personal es trágica, porque parte de la antítesis razón y esperanza —opuestos siempre vigentes—. La esperanza, base de la inmortalidad, está en la filosofía vivida, no hecha, en los mitos, y hasta en la duda del que niega la inmortalidad. Tanto duda el creyente como el ateo. Y es que Unamuno busca la inmortalidad de cuerpo y alma, cristiana y pauliana. Negación de la idea romántica de que en el principio fué la creación. Sostiene que en el principio fué el Verbo: identificación de filosofía y filología, sangre de espíritu que es la expresión directa del hombre de carne y hueso, instrumento y contenido de su personalidad. Nos plantea el libro el problema de si creía o no en Dios Unamuno? Pienso, y el libro lo permite, que creía en Dios de la forma más violenta, porque su afán era poseerlo. Por ello, y con resonancia de Eckehart, le pedirá a Dios que se unamunice, porque es muy difícil para lo limitado unirse a lo limitado, pero para la Divinidad, para lo ilimitado, resulta fácil el movimiento. El sentimiento trágico estriba en que: "La vida no se puede sostener si no sobre la razón que la haga trasmisible —y ante todo trasmisible de mí mismo, es decir, refleja y consciente—, la razón a su vez no puede sostenerse sino sobre la fe, sobre la vida, siquiera fe en la fe que ésta sirve para algo más que para conocer, sirve para vivir. Y, sin embargo, ni la fe es trasmisible o racional, ni la razón es vital".

La cuarta época —1914 a 1936—, que va desde *Niebla* hasta *San Ma-*

² *Ensayos*, Aguilar, pág. 735.

³ *Ibid.*, pág. 736.

⁴ *Ibid.*, pág. 736.

nuel, el proceso ontológico ya establecido se volcará en toda su producción. Estas dos últimas etapas se forman bajo la idea de que el hombre es el autor de sí mismo, que autor de su propia conciencia, tiene capacidad para construir su propio yo: proceso de personalizar el mundo como función del amor. Así define la conciencia como el lugar donde se sienten y se contemplan todas las cosas, pues es donde han dejado su dolorosa huella. Niebla es el salto decisivo que dará Unamuno hasta proclamar que todo es representación y que el autor, actor y personaje son todos personajes de ficción. Tanta realidad tiene uno como el otro. Aquí libera Unamuno al personaje; hay comunicación entre ambos mundos, por eso puede Augusto Pérez reclamar su derecho a la vida y amenazar al propio autor con las terribles palabras de que él también morirá, porque él también es un sueño, en este caso, sueño de Dios AMBOS, persona y personaje, son personajes de ficción soñados por un hacedor. La ontología unamuniana es ya clara. La contradicción es el estatuto de esta filosofía. El pensamiento es de una ambigüedad constitucional. Augusto Pérez es un ser en conflicto consigo mismo, enemigo de sí mismo y lleno de una pasión contradictoria. Su sentimiento trágico se debe a que existir es querer la mezcla ambigua de vida y muerte.

Así pues, vemos que desde 1897, como producto de su crisis, Unamuno habrá cambiado de vida, rechazando toda acción encaminada a lograr la gloria humana. Es un rechazo de lo externo —un íntimo deseo de humildad, de sinceridad radical. Por ello esos “yos” de que tanto habla —el externo y el inferno, o el contemplador y el contemplado—, tienen ambos su aspecto negativo y el positivo. De ahí arranca también su anhelo de sinceridad, y las imputaciones de que jugaba un papel, de que era un histrión. La sinceridad del rechazo se le planteará siempre. Desde *Vida de Don Quijote y Sancho* se había construido una moral de batalla para poner su oficio de escritor al servicio de su misión histórica.

La búsqueda de Unamuno fué siempre hacia adentro. Es un deseo de comprometer profundamente su ser y su sinceridad. Alejarse de la superficie de sí mismo, en búsqueda de la verdadera y auténtica existencia. En el fondo, la búsqueda de la vida interior en el sentido cristiano de la palabra. Una vida heroica, pero con heroísmo sobrenatural. Un deseo de darle un sentido sobrenatural a todo acto, con el deseo de llegar al conocimiento espiritual de sí mismo, pero de sí mismo en Dios. Otra forma de fe. De ahí su afán de pureza, ya que considera que la impureza aniquila la necesidad, y su afán de ir adentro. Adentro se encuentra todo: en la conciencia está el nudo dialéctico, y allí también está Dios.

En 1915 dará un paso más. No es solamente adentrándose cómo el hombre llega a cobrar autenticidad, sino “ensimismándose”, y en este ensimismamiento está la clave del mundo y del ser:

Sí; puede sacarse algo afuera por dentro. Se puede sacar algo —¿por qué no diríamos aforarlo?— adentrándolo. Porque el mundo todo y nuestros prójimos y hermanos en él y con él, tanto como fuera están dentro nuestro y aún más dentro que fuera. Y el mejor camino para ir a las entrañas de mi prójimo es por las entrañas de mí mismo. Que somos a manera de castillos que

se levantan, aislados unos de otros, en medio del desierto y hay de unos a otros senderos, además del ancho camino del cielo que nos cubre a todos y por donde podemos enviarnos unos a otros lomas mensajeras; pero esos senderos tropiezan luego con fosos y trincheras, y no es fácil forzar el puente levadizo del prójimo. Pero hay también, bajo la tierra común que nos sustenta y sostiene a todos, como el cielo a todos nos cubre, galerías soterradas por las que podemos comunicarnos los unos con los otros.

Y es más fácil entrar en lo más íntimo del castillo vecino por una de esas minas, que no por el sendero a flor de tierra y mucho más que por el cielo.

(*Ensimismate*, OC., tomo IX).

Dios también es un Yo, "un inmenso común Yo, que es un Nosotros" Y es más fácil llegar a nuestros prójimos por debajo de tierra, por el Yo común que penetrar en ellos por encima del cielo, por Dios". (OC., tomo IX pág. 840).

Ya el paso está dado. Todo está en la mismidad, desnudo el reducto de la personalidad. Lo importante será darnos a conocer por dentro. Por fuera todo es irrealidad, la persona es irrealidad, de ahí su continuo uso del símbolo del espejo. El hombre de carne y hueso que se mira ve su imagen multiplicada (el espejo es el multiplicador de imágenes, como la conciencia es el proyector del pensamiento). También el espejo es el metaforizador del exterior. Ante el espejo el hombre palpará su irrealidad, se dará cuenta que es sólo posibilidad, potencia. Además, el espejo sólo reproduce un aspecto de la pluralidad de nuestro ser. Mientras que el ser total está dentro, dentro también habrá bulto y no sombra. Este podría ser tal vez la clave del juego recíproco entre el mundo interior y el exterior —el mundo exterior multiplica nuestras imágenes, nuestros "yos", en él somos meramente posibilidad. Mientras que en el íntimo "somos", porque somos, posiblemente, en Dios.

De ahí la defensa de la interioridad:

Cuando ensimismándote te adentras en tí mismo y avanzas por tus tenebrosas íntimas galerías del alma, no sabes cuando has salido de tu subsuelo espiritual para entrar en el de tu vecino. Bajo tierra como sobre el cielo, dentro de tí como fuera de todos es todo común. Ensimismate, pues, para enajenarte.

Este ensayo es la clave de la ontología unamuniana. Aquí está expuesta con claridad su teoría de un hombre que no sólo se hace en relación con el otro en el mundo material, sino también dentro de sí mismo, en su realidad íntima, en el escenario de su conciencia, de donde saca sus personajes. Desde ahí se dirige a los espectadores, a sus lectores, desde este hombre interior fuente de creación. Y este es el hombre que necesita desarrollarse en el teatro del mundo —por ello, a mi modo de ver— el género más importante en Unamuno es el teatro. La novela le permite mover sus personajes, sí, pero únicamente el teatro le permitirá desdoblarse y verse como "otros" todos actuando.

Su ontología se crea bajo esta divisa: ensimismate. Así, desde 1914

podrá Unamuno poner en antagónica lucha la existencia real y la de ficción —como hace en *Sombras de Sueño*, por ejemplo—. Con *Niebla* ha descubierto Unamuno el acto por el cual se constituye: cuando el novelista hace algo, acrecienta su propio ser, y hace al ser que lo lee, y el espectador lo hace a él. Es creando seres de ficción, intentando aprehender el acto por el cual ellos se constituyen, intentando buscar “cómo se hace una novela” como Unamuno espera descubrir el secreto del ser de ficción. Creando seres de ficción descubre el novelista que el ser está condenado a un perpetuo hacerse, a una creación continua. Para realizarse tiene que perderse en el mundo.

Descubierta esta verdad, las obras que en adelante escriba (*El otro*, sobre todo) corresponden a la lucha dentro del seno de la propia conciencia. Es el mismo Unamuno quien lucha dentro de sí —sus “Yos”, sus múltiples interrelaciones, y sus “yos” y Dios. Es la lucha de querer serlo todo, y querer ser uno y el mismo siempre. La conciencia dividida en lucha consigo misma; esa conciencia que es el ansia de más y más. Lucha del hombre y del intra-hombre: del yo que se desarrolla en la historia y del yo tras-histórico. El otro es Unamuno, pero también es la víctima y el verdugo: Caín y Abel. Todo es uno y lo mismo.

Dsede *Ensimismate*, grito más agudo que adentro, ha creado Unamuno su propia ontología, que llevará al teatro con *Soledad* (1921). Es un hombre en lucha consigo mismo para crear personajes, en un afán por acrecentar su ser. *Cómo se hace una novela* (1926), es la cúspide del proceso, hasta llegar a *El otro*.

IRIS M. ZAVALA

Madrid, 1963.